

*¡Dios está en el corazón de este joven!*"<sup>1</sup> Es la conclusión de Parker. Hé aquí la de M. Renan: "Descansa ahora en tu gloria, noble iniciador. Tu obra está terminada.... Mil veces más vivo, mil veces más amado después de tu muerte que durante tu paso aquí abajo, vendrás á ser de tal modo la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo sería conmoverle hasta sus cimientos. Entre Tú y Dios no se hará distinción. Enteramente vencedor de la muerte, toma posesión de tu reino, adonde te seguirán, por el camino real que Tú has trazado, siglos de adoradores."<sup>2</sup>

Hé aquí en dónde nos hallamos. Hay en todos los observadores, aun los más distraídos, aun los más enemigos, una veneración involuntaria, una admiración creciente por la pureza inmaculada, por la perfección moral, por la belleza de ese carácter sin segundo. Parece que se siente cada vez más y que se conviene en que es el más santo entre los santos en la historia de nuestra raza, el más grande y el mejor que ha pisado esta tierra. Se le encuentra hasta tan grande, tan bueno, y, después de pasados dieciocho siglos, tan vivo, que los mejores se preguntan involuntariamente si es

1. TH. PARKER. *Discours sur les matières relatives á la Religion*, p. 275.

2 RENAN. *Vie de Jesus* v. 426.

hombre, y sus enemigos mismos sienten, á pesar suyo, que la cuestión se presenta á su entendimiento. Ahora bien; que la cuestión se presente, que la duda nazca por sí misma, que se requiera un esfuerzo para alejar una cuestión que no se ofrece acerca de ningún otro hombre, ¿no es ya una presunción y como una primera prueba de su divinidad?

### III

Pero sigamos y penetremos atrevidamente en las profundidades de este incomparable asunto. Todo esto no es más todavía que el peristilo y el pórtico. Sí efectivamente, Jesucristo es Dios, ¿cómo se habría contentado con dejar que su divinidad transpirase á través de su inteligencia humana, de su corazón humano y de su voluntad humana? ¿Acaso esa media luz podría bastarnos? Iba á pedirnos una fe absoluta; se requería, pues, que nos diese acerca de su divinidad pruebas proporcionadas á la grandeza de la adoración que de nosotros exigía. Y pues Dios, que nos ha hecho tan bellos dones, no nos ha permitido tocar á las leyes de la creación; pues que á fuerza de genio podemos cruzar las tempestades, pero no calmarlas; pues que no sabemos resucitar á nuestros muertos, ni aun á los más queridos, era necesario que

Jesucristo lo hiciera, y que después de habernos dejado entrever su divinidad á través del velo de su humanidad, á la manera de una luz sobrado viva que se suaviza bajo un hermoso globo de cristal, difundió algunos rayos de luz enteramente vivos, algunos de esos actos soberanos que no dejan duda á las almas de buena voluntad, y que las prosternan en la adoración.

Jesucristo lo hizo. ¿Recordáis el ciego de nacimiento curado, y Lázaro resucitado? ¿Recordáis el Tabor ó el Lago? Si estos hechos son ciertos, ¿acaso no hay en eso una explosión de la divinidad?

Mi intención no es, sin embargo, insistir en este momento acerca de la certidumbre histórica de esos hechos. Queremos saber si Jesucristo es Dios. Para eso tenemos dos medios: el primero, consiste en establecer que hizo verdaderos milagros, es decir, actos superiores á todas las fuerzas humanas, derogando todas las fuerzas de la creación; <sup>1</sup> que los hizo frecuentemente, sin cesar, millares de veces; que los hizo á la luz de una publicidad deslumbradora, en las calles, en las plazas, ante sus amigos, á la vista de innumerables multitudes, bajo las ardientes y odiosas miradas de sus ene-

(1) Sobre la cuestión misma del milagro, recomiendo la lectura del admirable libro del P. Bonniot, *Le Miracle et ses Contrefaçons*.

migos; que esos milagros, de los cuales jamás dudaron sus contemporáneos, no hay manera humana de explicarlos; y que todas las imposibilidades físicas, metafísicas y científicas que contra ellos se alegan, nada absolutamente significan. Hé ahí el primer medio. Es el de la antigua apologética, que lo elevó á su perfección.

Hay otro, que es más hermoso, más en consonancia con nuestra obra. Consiste en hacer ver que esos actos, cualesquiera que sean, Jesús los ejecutó de manera sobrehumana. Consiste en mirarlos no en sus circunstancias internas, sino en sí mismos; en abrirlos como se abre una flor para que se exhale su aroma; y encontrar en ellos, bajo otra forma, la verdadera fisonomía de Jesucristo, su grande y luminosa mente, su corazón sublime, su prodigiosa virtud, y como una impresión más elevada de su divinidad. Era necesario ser Dios para ejecutar tales actos; pero todavía era más necesario ser Dios para hacerlos como los hizo. Hé ahí el segundo medio. Lo preferimos al otro, y es el que vamos á emplear en este momento. Ofrece menos cuerpo, para los que investigan y dudan, á las argucias de la mente; abre vasto horizonte á las intuiciones del corazón; apela en esto á la conciencia, verdadero juez en estas materias, y, por todas estas razones, resulta maravillosamente á propósito para hacernos

dar nuevo y decisivo paso en el conocimiento de Jesucristo.

Pregúntase alguna vez de dónde venían al Salvador su popularidad y el éxito de su obra; y siéntese uno tentado á responder: Es debido á sus milagros, que, mostrándole superior á la naturaleza, todo lo prosternaban á sus pies. Esta respuesta es cuando menos harto incompleta. Jesucristo habría podido no hacer milagro alguno, sin que por ello el mundo se prosternara menos á sus pies; y por otra parte, aun cuando hubiese hecho mil veces más, y más brillantes, si no hubiese añadido á tales actos la belleza moral, la dulzura, la discreción, la ternura infinitas que á ellos añadió, en lugar de atraer á Sí las almas, las habría asustado y alejado. "En la mente de los antiguos, dice un profundo observador, el poder sobrenatural no se hallaba invariablemente ligado á la idea de Dios y del bien. Se le miraba como cosa propia de los espíritus malignos lo mismo que de los buenos, y con frecuencia inspiraba horror, tanto como respeto. Cuando el Cristo ejercía ese poder, la primera impresión que recibían los espectadores era una impresión que los turbaba y les causaba alarma; sentíanse menos inclinados á la admiración ó á la adoración que al deseo de escapar pronto á un poder tan formidable. Los Gadarenianos conjuran al Cristo para que se aleje de sus orillas. El mismo Pedro le

hace la misma petición, y esto en tiempo en el cual conocía él sobrado bien á su Maestro para equivocarse por entero en lo tocante á su carácter y á sus designios.

"Desplegados con toda libertad, aquellos poderes sobrenaturales eran, pues, más propios para dificultar el plan de Cristo que para auxiliarlo. El sentimiento de verse en manos de un Maestro divino es saludable y ennoblecedor; pero la acción inminente de una fuerza abrumadora oprime la libertad y la razón. Si el Cristo se hubiera valido sin reserva del poder sobrenatural, como parece que sus compatriotas lo esperaban de él, y como parece que se hallaban autorizados á esperarlo por las antiguas profecías que representaban al Mesías gobernando á las naciones con vara de hierro y estrellándolas como el vaso del alfarero, no imaginamos que se hubiera podido cumplir una redención entre los hombres. El poder sobrenatural habría tornado vanas, en lugar de secundarlas, la sabiduría y la bondad que lo ejercían; habría encadenado y helado las facultades de aquéllos sobre quienes se ejercía. El Cristo evitó cuidadosamente esto. Se impuso extrema reserva en el uso de su poder sobrenatural. Adoptó el principio de que había sido enviado, no para destruir la vida de los hombres, sino para salvarlos, y en la práctica se abstuvo estrictamente de hacer á nadie mal ó daño algu-

no. Perseveró tan firmemente en esta conducta, que acabó por ser generalmente comprendida. Cada cual sabía que este rey, cuyas pretensiones reales eran tan brillantes, poseía una paciencia sin límites, y que soportaría las más punzantes críticas, los más violentos y más malignos ataques. Discutían sus pretensiones y su carácter con entera libertad. Lejos de mirarle con aquel excesivo temor que habría impedido á los oyentes escuchar su doctrina con sentido, aprendieron poco á poco, aun reconociendo su extraordinario poder, á tratarle con intemperante viveza, la cual no se hubieran atrevido á mostrar á un enemigo. Por una consecuencia extraña, le acusaban de connivencia con el Diablo; en otros términos, le declaraban capaz de obrar infinito mal; y sin embargo, le temían tan poco, que siempre se hallaban á punto de provocarle á emplear contra ellos todo su poder. A decir verdad, le creían desarmado, por su propia voluntad, de la fuerza que le era propia, y tenían razón; no castigaba su malicia más que con frases de reconvencción, y así cobraron poco á poco valor para atacar la vida de Aquél cuya milagrosa protección no ponían ellos en duda." <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Estas palabras están tomadas de una obra anónima publicada, algunos años há en Inglaterra, con el título: *Ecce Homo*. M. Guizot tradujo y citó en apéndice, en sus *Meditations sur l'essence de la Religion chrétienne*, muy notables fragmentos.

Nótense esos juicios hermosísimos y muy nuevos de un autor protestante. Es todo un aspecto de la maravillosa fisonomía de Jesucristo que aparece iluminado. No solamente se hacen hoy conquistas en el dominio de la ciencia; hácese también en el de la crítica. Hé aquí una. Ese voluntario desarme del Cristo; esa discreción infinita lo mismo por sabiduría que por amor; ese poder formidable que todo el mundo reconoce en Él y que á nadie causa miedo; esa convicción que poco á poco se hace general de que es incapaz Él de abusar de aquel poder, y esas multitudes que se hacen atrevidas hasta atacar la vida de Aquél cuyo milagroso poder no ponen en duda: todo eso, repito, es nuevo, profundo, y arroja sobre la fisonomía de Jesús un rayo de luz juntamente de los más suaves y de los más vivos.

Este poder, que tan bien contenía Él, y que soberanamente llevaba cuando se trataba de Él mismo, hasta el punto de que ninguna provocación, ningún peligro, ninguna traición, ningún desprecio era capaz de decidirle á usarlo en favor suyo, hay sin embargo un caso en el cual se le escapaba; era cuando se trataba de hacer bien á los demás. Encontraba un pobre, ó un enfermo; entonces aquel poder divino brotaba de su corazón como brotan los actos de amor, más rápido que el relámpago. A veces diríase que no era Él el señor, como en la incomparable

historia de aquella pobre enferma que se acerca humildemente por detrás, diciendo: "¡Si pudiera tan sólo tocar la orla de su vestido, quedaría curada!" Hasta en ciertos momentos, veíanse lágrimas en Jesucristo, súbitos estremecimientos, una turbación singular que daban testimonio de la intensidad de su amor. ¿Quién no recuerda aquel vivo arranque que le lleva á Naín, cerca del féretro de aquel hijo único y de aquella madre llorosa? ¿Quién no advirtió su emoción tan contenida pero tan profunda, cuando resucita á la hija de Jairo? ¿Cómo olvidar el extraordinario sobrecogimiento que siente en el sepulcro de Lázaro? Mas ni aquellas turbaciones, ni aquellos tiernos arranques del más sensible de todos los corazones no penetraban en la región tranquila en donde residía su milagroso poder. Así como se le ve siempre sereno en medio de los más altos misterios, permanece tranquilo obrando los más grandes milagros. "Resucita los muertos, como ejecuta las acciones más comunes; habla como maestro á los que duermen un sueño eterno, y se advierte claramente que es el Dios de los vivos y de los muertos; nunca más tranquilo que cuando ejecuta las cosas más grandes." <sup>1</sup>

Poco á poco, con aquel poder sublime y con el uso todavía más sublime que de Él ha-

<sup>1</sup> MASILLON, *Sermon sur la divinité de Jesus-Christ.*

cia, se formó sobre la frente de Jesús una aureola de nuevo género. "Esa reserva en el uso de su poder sobrenatural, concluye el autor inglés á quien hemos citado, es la obra maestra del Cristo. Es un milagro moral añadido á un milagro físico." El reposo en la grandeza, y, añadido yo, lo inerme en la fuerza, hacen de Él la más majestuosa figura que se ha ofrecido á la imaginación humana.

Pero si ese poder milagroso únicamente se desplegaba en el amor mediante los arranques del amor más tierno, más misericordioso, más delicado y más fuerte, unido al más asombroso olvido de sí mismo, no era tan sólo por eso por lo que Jesús encantaba á las multitudes. Advertíase también su sublime inteligencia. No se contentaba con curar, subía más alto, hasta las almas. A decir verdad, jamás pensaba en otra cosa que en ellas. A través de los males del cuerpo, es indudable que Jesús veía á las almas enfermas. Veía la parte dolorida del alma que había engendrado un punto dolorido en el cuerpo. Allí, es en donde aplicaba Él su elevado y bienhechor poder. Sus milagros no eran tan sólo actos extraordinarios, puesto que cabe haber actos de este género que no son iluminadores; ni siquiera tan sólo actos de compasión y de bondad: eran actos más profundos, y en los cuales se desplegaba toda su fuerza redentora. El Salvador de las almas, el Redentor, se

hallaba vivo y visible á través de estos milagros. Igualmente, antes de ejecutar alguno, quería que las energías divinas que hay en las almas se despertasen y se uniesen á Él. *¿Creéis?* les decía. O bien: *¿Quieres ser salvo?* Y también: *¡Oh! si pudierais creer!* Solamente obraba cuando el alma enferma había intentado siquiera volverse al médico.

Mas, al obrar así, y en este ministerio augusto, ¿quién podrá referir la discreción de este sér para quien todas las almas eran transparentes? ¡Qué encantadora reserva! ¡qué delicadeza para no humillar á aquél cuyas llagas veía, sobre todo para no darlo á conocer á los que le rodeaban! ¡Qué medias palabras para iluminar al enfermo, sin revelar á nadie nada acerca de su estado: *¡Véte en paz, no vuelvas á pecar!* ...*¡Muchos pecados se te han perdonado, porque has amado mucho!* Y otras mil frases en que se ve la mas encantadora discreción, y la más divina delicadeza! Del propio modo no podía dar un paso sin verse rodeado de todos los que habían tenido parte en sus bondades; de los enfermos á quienes había curado; de los leprosos á quienes había limpiado; de los poseos á quienes había libertado del poder del demonio, y de una multitud de pecadores y pecadoras, á quienes, mediante un poder que no les humillaba, había salvado del vicio y de la degradación.

Al ver cómo entonces sucedían las cosas y al pensar en las preocupaciones de nuestros incrédulos modernos, en esas comisiones de físicos, de químicos, de médicos que exigen para demostrar los milagros<sup>1</sup>, no puede uno menos de reírse como si se tratase de un ciego que discurriese acerca de la luz. No es el milagro lo que más encantaba á las multitudes; era el modo de hacerlos. "Aquél cuyo poder y grandeza aparecían con tanta brillantéz en sus milagros hizo de ellos tan modesto uso y pareció darle tan escaso valor; vivió entre los hombres como si hubiera sido uno de tantos; les mandó que se amasen mutuamente y soportasen con imperturbable paciencia los asaltos de la calumnia; cuanto más sus enemigos se encarnizaban contra Él, tanto más permitiese en silencio sus ataques; que, en fin, los hombres le viesén preso, torturado, entregado á la muerte, y negándose constantemente á usar en favor suyo del poder que no creía haber recibido más que para bien de los demás: esta mezcla de grandeza y de sacrificio, este supremo poder contenido por una voluntad suprema, esta inexplicable é involuntaria condescendencia, es lo que le ganaba los corazones y lo que fundó su imperio."<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Véanse, acerca de este asunto, las Conferencias del P. Félix: "La Crítica y los Milagros de Jesucristo," etc.—(N. del T.)

<sup>2</sup> *Ecce Homo*, id., *ibid.*

Para eso no se requería una comisión de fisiólogos y de físicos. Jamás nada semejante se había presentado en el mundo. Nunca los hombres habían sospechado un personaje tan grande. "Le vieron sintiendo hambre, aunque le creyesen capaz de convertir en pan las piedras; vieron despreciadas sus reales pretensiones, por más de que, á su juicio, pudiera en un momento perder á todos los reinos de la tierra y su gloria; vieron en peligro su vida; viéronle expirar en medie de la más cruel agonía, aunque tuvieran conocimiento de que, si Él lo hubiera querido, ningún peligro habría podido alcanzarle, y que si se hubiese precipitado desde lo alto del templo, los ángeles le habrían recibido dulcemente en sus brazos. Testigos de sus sufrimientos, y persuadidos, á causa de los milagros que presenciaban, de que voluntariamente los endurecía, los corazones de los hombres se hallaban impresionados; la compasión hacia su debilidad se unía de extraño modo á la admiración de su poder sin límites; un movimiento de gratitud, de simpatía y de sorpresa que ninguna otra causa se hubiera podido despertar, se apoderaba de las almas; y cuando, relacionando los actos del Cristo con sus palabras, veían sus discípulos que el mismo desinterés que precidía á su vida era el principio que prescribía Él á la suya, su gratitud se manifestaba en gozosa obediencia, el desinterés engen-

draba el desinterés, y la ley, lo mismo que el legislador, veíanse grabados en los corazones mediante una misma é inseparable veneración." <sup>1</sup>.

## IV

Estas últimas palabras nos llevan á considerar un nuevo rasgo, quizá el más hermoso, de la fisonomía de Jesucristo. Quiero decir, su santidad perfecta, la perfección inmaculada y soberana de su vida en medio de un mundo lleno de pecados y de manchas. Hemos contemplado ya su entendimiento, su corazón, su voluntad, sus actos; demos un paso más. Contemplemos su conciencia.

Habiéndola contemplado Pascal, se sintió presa de una especie de deslumbramiento, y su mano conmovida lanzó sobre el papel estas palabras que ofrecen sublime desorden: "Jesucristo fué dulce, paciente, santo, santo, santo á los ojos de Dios, terrible para los demonios, sin pecado alguno. ¡Oh! con qué gran pompa y prodigiosa magnificencia se ofrece á los ojos del corazón y de aquellos que ven la sabiduría."

Hé ahí efectivamente, el rasgo divino, y cuanto hasta ese momento hemos estudiado palidece ante la santidad de Jesucristo.

<sup>1</sup> *Ecce Homo*, id., *ibid.*